

monio en que declara que, a su juicio, todas las potencias militares deberían seguir el ejemplo de Francia é introducir en sus ejércitos el uso de la pólvora sin humo.

Las noticias de Sofía siguen siendo alarmantes. De ellas resulta que los armamentos que se hacen en Bulgaria tienen todo el viso de ser una verdadera movilización del ejército, y hasta se ha llegado á decir que esas tropas recibirán el encargo de apoyar la próxima sublevación de Macedonia. La inquietud es muy grande en Constantinopla donde se temen graves consecuencias de los aprestos militares que se están haciendo en Servia y Bulgaria.

Tenemos á la vista el texto de la circular que M. Constant, ministro del interior, dirige al Episcopado francés, prohibiendo la intervención del Clero en las elecciones.

Este documento es una nueva demostración de lo que pueden esbozar los católicos del régimen vigente en Francia, y de lo que son capaces de intentar los hombres que lo explotara.

La circular es brava y hasta en la forma carece del comedimiento propio de un escrito oficial. La intimidación por medio de la amenaza de suspensión de dotaciones y aplicación del código penal, es el argumento da que se vale M. Constant. La razón de la circular no es otra que el convencimiento de que el Clero no puede permanecer indiferente ante un gobierno perseguidor.

La prohibición de que el Clero intervenga en las elecciones se extiende, no sólo á los "votos propios del ministerio sacerdotal," sino á que los eclesiásticos "abusen de cualquiere modo del crédito é influencia que les proporciona su carácter eclesiástico," es decir, que se quiere que ni como sacerdotes ni como simples ciudadanos los franceses que pertenecen al estado eclesiástico intervengan poco, ni mucho, ni nada en la presente lucha electoral.

Esta nueva iniquidad revolucionaria resulta todavía más grande de lo que á primera vista aparece, si se recuerda que hace poco el ministro de instrucción pública dió una circular invitando á los profesores de todas categorías á que trabajen eficazmente para procurar el triunfo de los candidatos republicanos ministeriales en las dichas elecciones.

Lo que al maestro se le encarga y manda, al sacerdote se le prohíbe y castiga. De este parangón resulta que el gobierno francés, gobierno de batalla antiorientista, tiene por seguros auxiliares á los maestros y profesores oficiales, y por enemigo obligado al Clero católico; preciosa confesión de un poder envilecido por el espíritu que le informa y los hombres que le constituyen, y que en sustancia viene á ser un elogio del Otero y un padrón de ignominia del profesorado francés.

Una república como la francesa puede tener por amigos, auxiliares y servidores á maestros que corrompen el corazón y la inteligencia de la juventud emitiendo doctrinas y propagando principios opuestos á toda moral dogmática y á toda política de orden; pero tiene que mirar como enemigos á los ministros de una religión de paz y justicia que en infinitas ocasiones y entre infinitos peligros ha probado que la fe religiosa es el más seguro sostén del verdadero patriotismo.

Las relaciones entre Rusia y Alemania son cada vez más tirantes. Ya se dice que acaso no se verificará la visita del Czar á Berlín, visita varias veces anunciada y siempre pospuesta por razones que, ni en Berlín ni en parte alguna, pueden haber producido satisfacción. Y se da tan seguro que las relaciones entre ambos Imperios son verdaderamente difíciles, que se ha llegado á anunciar una guerra ruso-germánica para la primavera próxima, y *El Daily News* habla de la celebración de un tratado de alianza ofensivo-defensiva entre Francia y Rusia.

Aun cuando estas noticias no respondan á la realidad de las cosas, y bien sean meras sospechas de diplomáticos y hombres de Estado, si se quiere impresionables, siempre resulta que la actitud de Rusia inspira mucho cuidado y que las cosas pueden llegar á estar en tan extrema tensión, que sobrevenga el rompimiento y la consiguiente alteración de la paz de Europa. La cual está amenazada por muchas cuestiones que se hallan pendientes de su solución, pero de un modo especial por las ambiciones alemanas en choque con los ideales moscovitas.

Las ideas panslavistas adquieren cada día más incremento en Rusia y nuevas adhesiones de personas importantes. Parece que en Berlín se atribuya la esperanza de que Alejandro III, como su padre, contendría este movimiento dentro de los límites reducidos é impediría que el panslavismo influjese directamente en los asuntos de Estado; pero aquel brío del Czar en honor del príncipe de Montenegro, á quien llamó el soberano moscovita el único y fiel amigo del imperio ruso, ha desvanecido toda esperanza é ilusión, y ya es evidente que al heredero de Alejandro II no sigue la política internacional que aquel practicó.

El panslavismo es la destrucción de Hungría, como el germanismo es la destrucción de Austria. Si el panslavismo prosperase, el imperio austro-húngaro padecería tan grave conturbamiento, que difícilmente se repondría del él. Y en tal caso, ¿qué nación supliría Bismarck la forzada ausencia de Austria Hungría en a triple alianza?

Prescindiendo de esto, existen entre Alemania y Rusia los resentimientos y quejas á que dan lugar las provincias que una y otra naciones tienen á orillas del Báltico, provincias en que respectivamente la rusificación y la germanización se hacen por procedimientos irritantes. Además hay el problema oriental, que si se resolviese como Rusia desea, es decir, con la desaparición del imperio turco y reparto de sus despojos, tocaría á Rusia Constantinopla, el poder moscovita alcanzaría á tanto, que vendría á ser el dominador de Europa. Luego hay entre San Petersburgo y Berlín los resentimientos consiguientes á la amistad de Alemania con Inglaterra; amistad que no dejaría aislada á Inglaterra en un conflicto asiático con su eterna rival del Norte.

Estas son las principales cuestiones que dividen á Alemania y Rusia; y como van agrandándose todos los días, la gente da en pronosticar para una fecha próxima un conflicto ruso alemán que, á nuestro juicio, podrá retrasarse todavía, pero que al fin y á la postre resultará inevitable.

UN SANTO DE NUESTRO TIEMPO.

Hace cosa de un año el *Alrededor del Mundo* habló del Padre Damien, martir de nuestros tiempos, y cuyo nombre no tardara en figurar en la gloriosa lista de los santos de la Iglesia.

El Padre Damien era el protector de los leprosos, y acaba de morir leproso en una de las islas del mar del Sur.

Era belga y pertenecía á una buena familia. Un día, cuando apenas contaba 19 años, sus padres le llevaron á visitar á su hermano mayor que estudiaba para el sacerdocio. El joven José Damien se quedó en el Seminario. Su vocación le había sido revelada, y desde el principio manifestó su deseo de ser enviado como misionero al puesto de mayor peligro. La ocasión se presentó antes de lo que esperaba; su hermano mayor murió cuando estaba á punto de marchar en misión catequizadora á las islas salvajes del mar del Sur, y José pidió como favor especial que le permitieran sustituir á su hermano. Aun le faltaba algo para reunir las condiciones del misionero; pero tanto fué su empeño, que sus superiores le permitieron partir.

Después de haber estado visitando á los indios, hasta que enterándose un día de que había no lejos de las islas Hay una isla á donde deportaban y abandonaban sin piedad á todos los leprosos, decidió establecerse en ella para demostrar á aquellos desgraciados que el mundo no es todo crueldad y egoísmo, sino que hay un DIOS que inspira sentimientos sublimes á quien tiene fe en él.

El Padre Damien fué, con efecto, á establecerse en Molokai, la isla de los leprosos. Sabía que indefectiblemente había de contraer la lepra, la más horrible de cuantas enfermedades atacan á la humanidad. Pero lejos de atemorizarse tan tremenda suerte, se dedicó desde su llegada á administrar los auxilios, no sólo espirituales, sino también y muy principalmente corporales á los leprosos.

Las primeras noches después de su llegada á la isla de Molokai, durmió el Padre Damien bajo una palmera. Los leprosos asombrados de ver entre ellos á un hombre sano, joven, de raza europea, que llevaba extrañas vestiduras, no se atrevían á acercársele temiendo contagiarse. Entonces el santo sacerdote, eligiendo á los leprosos que por su horrible aspecto ó por tener ya co-

roides los huesos parecían más cercanos á la muerte, se dedicó á cuidarlos, sin apartarse un momento de ellos.

La acción heroica del Padre Damien fué bien pronto conocida del mundo entero, y en todas partes despertó admiraciones y fervor sinceras. Pero, cosa extraña, donde mayores fueron las admiraciones y más vehementemente el deseo de auxiliar al sacerdote católico, fué en los países protestantes, en Inglaterra, en Alemania y en los Estados Unidos. Allí se organizaron suscripciones, constituyóse una caridad pública, y muy en breve pudieron elevarse en la isla de los leprosos casas y hospitales y una iglesia católica, todo ello costeado por suscripciones.

Durante diez años el Padre Damien permaneció inmune. DIOS hacía un milagro señaladísimo en su favor. Muchas veces creyó aquel santo que la lepra le había atacado. Pero los médicos que de tarde en tarde visitaban la isla para estudiar la enfermedad, lo declaraban sano todavía. Por último, llegó uno que después de reconocerle le dijo:

—Padre, una triste nueva tengo que darle. Su muerte está próxima. El contagio ha llegado al fin.

El Padre Damien se limitó á contestar: —¡Pobres enfermos míos!

Poco después fué un pintor á la isla, exclusivamente para hacer un retrato del Padre Damien. Cuando éste vió el dibujo exclamó:

—¡Qué rostro tan horrible! No creí ni sabía que la enfermedad hubiera adelantado tanto. Pero no abandonaría á mis leprosos, aun cuando tuviera segura la curación.

Las antes hermosas facciones, el negro y rizado cabello, las líneas de la bien dibujada boca, las cejas, el brillo expresivo de los ojos, todo había desaparecido. La lepra había hecho estragos espantosos. Las facciones aparecían hinchadas y comidas.

Aquel retrato será, sin embargo, el que venerará la humanidad cuando la Iglesia canonice al padre Damien.

La muerte de aquel sacerdote católico ha sido un día de luto en muchos países protestantes. En Inglaterra y los Estados Unidos no ha habido estos últimos días periódico importante que no consagre su artículo de fondo al panegírico del padre Damien, presentándole como honra de la religión cristiana.

Su obra queda, sin embargo, en parte abandonada. Y digo "en parte," porque no ha habido ningún otro hombre que haya sentido el heroísmo de ir á la isla de Molokai á imitar la heroica abnegación del padre Damien. Pero han ido tres mujeres.

Tres Hermanas de la Caridad.

WANDEREE.

CRONICA PARLAMENTARIA

CAMARA DE DIPUTADOS

SESION DEL DIA 10 DE OCTUBRE DE 1889.

Presidencia del Sr. Aristeo Mercado.

Se aprobó el acta de la sesión anterior.

Se mandó pasar á un expediente una comunicación del Senado que acusa recibo del proyecto de ley por el cual se aprueba el contrato celebrado entre el ejecutivo de la Unión y D. Manuel Zúñiga Vera, para el establecimiento de un muelle en San Juan Bautista de Tabasco.

Se mandó pasar á la comisión de peticiones una comunicación del secretario de Estado del ramo de relaciones exteriores que, en unión del ministro de Estado y del despacho de gobernación, pide permiso para que pueda aceptar la condecoración de la Real Orden de Isabel la Católica que le ha concedido el gobierno de España.

Se mandó pasar á sus antecedentes una comunicación de la legislatura del Estado de Durango, que expresa que segunda la reforma del artículo 61 de la constitución federal en los mismos términos en que la propone el congreso de la Unión.

Se discutió el voto en pro y mandó pasar al Senado un proyecto de ley por el que se aprueban los conventos celebrados entre las autoridades de algunos pueblos del Estado de Puebla y las de otros del Estado de Veracruz, señalándose los límites á que de-

ben estar sujetas las poblaciones que se mencionan.

Se aprobó sin discusión y mandó pasar al Senado otro proyecto de ley por el que se aprueba el contrato celebrado entre el ejecutivo de la Unión y D. Manuel Romano para el establecimiento de una línea de vapores entre Taxpan, Veracruz, Goatzacoalcos, Minatitlán y Frontera, en combinación con los vapores de la compañía trasatlántica española.

Se levantó la sesión.

CAMARA DE SENADORES

SESION DEL DIA 10 DE OCTUBRE DE 1889.

Presidencia del Sr. Francisco Mejucero

Leída el acta de la sesión anterior, sin debate fué aprobada.

Recibió segunda lectura, señalándose para su discusión el primer día útil, el dictamen de la comisión de justicia consultando se anterior al ejecutivo para fijar la residencia del juzgado 1º de distrito de Veracruz, en la ciudad de Jalapa.

Se levantó la sesión.

MISCELANEA

Los espíritus y el muerto aparecido.—Dice *El Nacional*:

En estos últimos días nuestros colegas *El Universal*, *El Monitor* y *El Partido Liberal*, todos tres periódicos serios é ilustrados, han publicado diversas versiones acerca de los maravillosos sucesos que, según la opinión de varias personas, han acontecido desde hace más de dos años, y aun acontecen todavía, á la familia del señor Don Celestino Beoerra.

Por este motivo y sin hacer comentario, que dejamos á los lectores, vamos á informarles del asunto en cuestión.

Una publicación escrita en la que escribe el Sr. general D. Rufugio González, fué la primera en dar al público noticia de tan extraños sucesos, mezclando á la relación la versión falsa de que habiendo ocurrido la esposa del Sr. Beoerra al Sr. Arzobispo para pedirle consejo, á fin de hacer cesar las causas de su sobresalto, el ilustrísimo Señor Arzobispo le aconsejó que se pasara en compañía con los espíritus que la visitaban, tomando un lápiz y escribiendo lo que le dictasen. Esta falsedad fué acogida por algún otro colega diario, habiendo sido ya desmentida categóricamente, como era natural. A mayor abundamiento, en la conferencia que tuvimos ayer, primero con la Srta. de Beoerra y en seguida con el señor su esposo, los dos con la mayor energía nos han asegurado la falsedad de la versión referente al ilustrísimo Señor Arzobispo, pues este señor solamente se manifestó á la señora Beoerra que haría se dijese algunas misas y se hicieran algunos rezos por el alma del Sr. Don Jesús Tomás Beoerra, marido de la señora, muerto sin confesión y cuyo espíritu pretenden los esposos Beoerra les había visitado en aquella época con bastante frecuencia.

El viajero á que nos referimos es Mr. E. Van de Velde, representante y corresponsal del exportador americano de Nueva York, que vivió en Guadalajara á esta capital y que se vió obligado á detenerse en Olaya á consecuencia de una de las interrupciones que recientemente han sufrido los trenes por causa del temporal que tan crudo ha sido en aquellas regiones.

El caballero á quien nos referimos había dejado un saco de noche en el cuarto de equipajes de la estación, al cuidado del empleado correspondiente, y teniendo necesidad al siguiente día de algún dinero pidió permiso al empleado susodicho para abrir el saco, permiso que naturalmente le fué concedido. Mr. Van de Velde tomó la cantidad que necesitaba cerró con llave el saco y volvió á dejarlo allí en presencia de Felipe Gómez, que tal es el nombre del empleado que hemos mencionado. Veinticuatro horas después Mr. Van de Velde pidió su equipaje y con gran sorpresa supo por boca del mismo Gómez que la noche anterior se había cometido un robo en el departamento de equipajes y que el saco había sido uno de los robados. Mr. Van de Velde no se conformó con la noticia; acudió inmediatamente á la jefe político, señor Don Francisco Ruiz, terror de los ladrones, y puesta en movimiento la policía, pocas horas después fueron encontrados muchos objetos perdidos, entre ellos el saco en cuestión, y 30 billetes de equipaje que se hallaban en la cabina de la casa de Gómez. Este confeso su delito, devolvió el dinero que se halla apropiado, y en unión de otros tres individuos, que parecen ser sus cómplices, será juzgado.

Los coyotes.—*La Patria* elogia la disposición dictada por el gobierno del Distrito, ordenando que los llamados vulgarmente coyotes no intervengan en manera alguna en los individuos que por haber cometido falta-

no conoce de la vida sino la leche de su nodriza, hasta el anciano cuya inteligencia se pierde en el olvido. El sol se había ocultado detrás de las colinas de León; un tinte azulado se había extendido en el campo y anunciaba la proximidad de la noche, y agrupados al derredor de la hoguera esperábamos en silencio, con los ojos vueltos hacia el punto de la costa en donde la fiesta nos convidaba para el día siguiente.

Allí pronto una claridad se reflejó en las aguas del Elorn: el primer fuego acababa de encenderse. Entonces, el más anciano de la aldea de Roc-Nivelen, venerable octogenario que llevaba el nombre de santo, tomó una antorcha de paja inflamada, y la acercó á nuestro edificio de retamas secas y de cañas. Una llama roja, brillante, se levantó en torbellino en medio de las crestas de granito. Al mismo instante, sobre toda la costa, iguales fuegos respondieron al signo de alegría. Se veían brillar como estrellas encima del antiguo bosque de Talamon, sobre la punta de Roseavel y cerca de la abadía de Saint-Mathieu. En las cercanías de la explanada de Brest no eran solamente estrellas fijas; claridades

La inmigración negra.—He aquí lo que dice *El Amigo del País*, periódico de Mérida, acerca de los resultados que han comen-

LA CASA DEL CABO.

garles las provisiones que había llevado, y el tejedor le prometió volver al trabajo la semana siguiente. Comimos con esta buena familia. Nos faltaba mesa y nos sentamos, formando círculo, en tierra, y no por esto la comida fué menos alegre. En fin después de haber abrazado á los niños y deseándoles la bendición de Dios, dejamos esa pobre casa donde se encontraba reunidos lo mejor de los bienes de la tierra, y el primero de los del cielo.

Cuando tomamos nuestro sendero solitario, no pude menos que decir por lo bajo á Andrés: —Es fuerza estudiar la religión en la casa del pobre. Aquí no espanta nuestra inteligencia; podemos mirar frente á frente sin estar obligados á volver los ojos: aquí orienta, reanima, y no deslumbramos. Hermano mío, imitemos á esos pobres niños que, no pudiendo fijar sus ojos en el sol en lo alto del cielo, le contemplan reflejado en un riachuelo.

—Yo lo miraré en tu corazón—respondió Andrés, apresurando el paso y remeniéndose á nuestra compañera que iba delante. —Es verdad—dice Noella—yo no sé si

debo compadecer á este hombre tan pobre y tan desprovisto de todo.

—Reserva tu piedad para otros más desgraciados que él—murmuró Andrés con voz trémula. Este hombre tiene la felicidad de creer, y la fe le promete una eternidad de delicias por algunas penas pasajeras. En esta vida él posee varios tesoros, una mujer y sus hijos á quienes ama, y de quienes es tiernamente amado. ¡Oh, Noella, yo soy más digno de lástima, yo, que vivo en la ciudad!

—Deja la ciudad, y vuélvete al Cabo—dice Noella, cogiendo el brazo de mi hermano; no es necesario que tu seas desgraciado.

—¿Tú me amas, pues?—le dice Andrés, pero tan bajo que apenas pudo oírlo.

—Yo te amo mucho—responde Noella, en voz alta y con su sencillez ordinaria.

Andrés tembló, y sin pronunciar una palabra tomó la mano de Noella entre las suyas. Yo bajé los ojos: un soplo helado pasó por mi frente.

En seguida, me reproché de haber dado á las palabras de Noella un sentido que no tenían. Amaba á Andrés como á un hermano, y Andrés la amaba como á una

hermana nada más. . . ¿Quién me lo aseguraba?

La noche siguiente, yo no pude dormir; y me pareció que Andrés estaba tan agitado, que tampoco dormía: lo oí suspirar varias veces.

Quince días después de nuestra visita á Job el tejedor llegó la fiesta de San Juan. De todas las fiestas consagradas á los santos patronos á que la piedad de nuestros padre dió el nombre de *Perdones*, la del Precursor era la más célebre de nuestra península. Después de nuestra vuelta, Andrés no había podido todavía asistir, porque la fiesta caía raras veces en domingo. Esta vez no pudo resistir el deseo de verla: buscó un pretexto plausible para obtener de sus amos el permiso, y la víspera en la tarde estaba con nosotros preparando los fuegos artificiales sobre la cima de Roc-Nivelen. Nuestros vecinos habían añadido á nuestras haces de retama enormes haces de aulagas, y el todo formaba una alta pirámide coronada de una asta, en donde Noella había colocado una corona de flores. Ninguno de los habitantes de la aldea, situada al pie de la roca, faltaba á la cita; allí se veía desde el pequeño niño que

no conoce de la vida sino la leche de su nodriza, hasta el anciano cuya inteligencia se pierde en el olvido. El sol se había ocultado detrás de las colinas de León; un tinte azulado se había extendido en el campo y anunciaba la proximidad de la noche, y agrupados al derredor de la hoguera esperábamos en silencio, con los ojos vueltos hacia el punto de la costa en donde la fiesta nos convidaba para el día siguiente.

Allí pronto una claridad se reflejó en las aguas del Elorn: el primer fuego acababa de encenderse. Entonces, el más anciano de la aldea de Roc-Nivelen, venerable octogenario que llevaba el nombre de santo, tomó una antorcha de paja inflamada, y la acercó á nuestro edificio de retamas secas y de cañas. Una llama roja, brillante, se levantó en torbellino en medio de las crestas de granito. Al mismo instante, sobre toda la costa, iguales fuegos respondieron al signo de alegría. Se veían brillar como estrellas encima del antiguo bosque de Talamon, sobre la punta de Roseavel y cerca de la abadía de Saint-Mathieu. En las cercanías de la explanada de Brest no eran solamente estrellas fijas; claridades